



Prólogo

Jenny

Delicadas, casi translúcidas, con ribetes dorados: cuatro tazas de té perfectas colocadas sobre cuatro platillos perfectos y una tetera pequeña y curvilínea resplandeciendo entre ellos. El juego de té parece iluminar el maletero abierto del Morris Minor verde botella, y al extender la mano con vacilación para tocar la porcelana estoy casi segura de escuchar un coro de gospel cantando. *Sí*. Aquí, en el ajetreo y bullicio del mercadillo de Charlesworth, donde el sábado se concentran los habitantes de nuestra antigua ciudad de mercado a la caza de oportunidades, finalmente nos encontramos.

—¿Buscas algo en particular, guapa? —me dice una voz suave y cálida por encima del hombro. *Dios mío*, ¿eso que veo ahí protegido entre hojas de periódico amarillentas es un juego de jarra de leche y azucarero? Levanto un extremo para comprobarlo. Estoy en lo cierto, y tienen el mismo motivo de bonitos nomeolvides bajo el ribete dorado. Me quedo

petrificada. Consigo apartar la mirada de las tazas de té y me vuelvo hacia la voz armada con mi mejor sonrisa (no tanto una argucia femenina para emprender las negociaciones, sino más bien porque soy incapaz de dejar de sonreír como una tonta). Me topo con los ojos cansados del dueño del puesto, de un color azul grisáceo bajo cejas rebeldes. Supongo que los míos color avellana parecen un poco de maniaca, porque en mi fuero interno trato desesperadamente de fijar un precio máximo para algo que está por encima de mis posibilidades de lo que me he quedado prendada. Entonces, antes incluso de cruzar una palabra, veo al anciano dirigir la mirada por encima de mi hombro. Un momento... —. Vaya, ni un cliente en toda la mañana y ahora aparecen tres mujeres encantadoras a la vez.

Me doy la vuelta y veo que dos pares de manos refinadas se acercan sigilosamente a mi juego de té para tocar las preciosas tazas que, una vez en mi poder, harán que mi vida sea perfecta. Las mujeres levantan la vista sorprendidas y se apartan del maletero al unísono, agarrando firmemente sendas tazas de té. Una de las tazas la sujeta con ademán protector una esbelta pelirroja con un top de seda color crema y pantalón caqui de sport; la otra, una morena con curvas que lleva un vestido de algodón a cuadros, lápiz de labios rojo y el pelo recogido en bucles *pinup* de los años cuarenta con unos cuantos rizos sueltos.

—Pero... —comienzo a decir. *Yo he llegado primero*, ansío proclamar en protesta. Sin embargo, veo las expresiones de sus rostros y soy incapaz de pronunciar palabra. Da la impresión de que las dos se sienten tan desilusionadas al verme como yo a ellas.

—Mira —dice la pelirroja, recobrando la compostura mientras observa con aplomo al dueño del puesto. Está cla-

ro que el hombre ronda los ochenta, y me preocupa que le dé un síncope si provocamos un enfrentamiento—. Me da la impresión de que al salir de este aparcamiento te marcharás a casa con menos material y los bolsillos más llenos.

Sus ojos verdes centellean, y me desarma. ¿Cómo demonios voy a competir con esta profesional vestida de seda? Es una fiera de la porcelana. La morena retro parece estar amilanándose; juguetea con su grueso collar rojo mientras mira a su alrededor, aunque algo me dice que podría tener recursos para tomar la delantera. Y yo... Me miro los vaqueros desgastados y las Converse y reparo de repente en el estilo añinado de mi coleta rubia y mi figura menuda, y para colmo un canalillo de te miro y no te veo. Con veintiséis años me siento como si tuviera dieciséis. Jenny Davis la aficionada, con un anillo de compromiso *art déco* como único indicio de haber pisado alguna vez un mercado de antigüedades. Pero tengo *pasión*, y se supone que eso cuenta, ¿o no? Aun así, no puedo evitar el temor de que ni mi maña como compradora ni el contenido de mi cartera vayan a ser lo bastante sólidos como para hacerme con este juego de té de ensueño. Confío, al menos, en que las otras no se den cuenta de que me estoy viniendo un poco abajo.

—Pero, señoras —vuelve a hablar la pelirroja, con la luz reflejándose en sus ondas caoba al volverse hacia nosotras—, algo me dice que llevarse este juego de té a casa significaría muchísimo para cada una de nosotras. ¿Cierto?

Me quedo tan anonadada por esta salida de la fiera que me limito a asentir con la cabeza como una boba, con las lágrimas escociéndome los ojos. Instintivamente, vuelvo a mirar el juego. Sí, las pinzas para el azúcar necesitan un buen abrillantador, pero en cierto modo eso le aporta más encanto al conjunto.

—Sí, parece que todas tenemos mucho interés —digo finalmente dirigiéndome al desconcertado jubilado—. ¿Nos podría reservar el juego de té durante una hora?

Así fue como comenzó nuestro verano.



Capítulo 1

Maggie

Doscientos ramos de acianos..., sí, doscientos, diez flores en cada ramo. —Maggie Hawthorne se apoyó el teléfono sobre el hombro, ladeando levemente la cabeza mientras se recogía con una cinta su cabello caoba—. Y también necesitaré mucho mimbre... Ah, conoces un buen proveedor, ¡estupendo! Es para unos aros de croquet gigantes, entretejidos con margaritas..., y mazos enormes a juego. Sí, lo sé, pero esta no es una boda cualquiera... Vale, ya sé que es domingo... —Soltó un lento suspiro, tratando de mantener la calma—. ¿Te mando un correo para que lo estudies mañana? De acuerdo, no, no, entiendo. Hablamos.

Maggie se recostó en el balancín del jardín, colocó el *gin tonic* en la mesa auxiliar y se colocó el *netbook* en el regazo. Después escribió un correo al proveedor holandés con los puntos clave de la reunión que había mantenido el viernes anterior con sus nuevos clientes, Lucy y Jack. El hecho de

haber encontrado el juego de té el día anterior le había inspirado un montón de ideas y ahora era capaz de visualizar con toda nitidez cómo sería la boda. Estaba deseando ponerse manos a la obra. Pero, aunque tenía todo el día por delante y sin ocupaciones, al parecer tendría que esperar a que comenzase la semana para disponer de los detalles que necesitaba.

Sabía —sus amigos y su familia se lo repetían continuamente— que debía dedicar los fines de semana a relajarse, pero no podía resistirse a emplear ese tiempo en sacar adelante sus proyectos profesionales. En las bodas siempre había prisas de última hora. Incluso después de quince años en el sector de las flores, no dominaba el arte de evitar ser presa del pánico en el último minuto, aunque con sus meticulosos preparativos se aseguraba de que, al menos de cara a sus clientes, todo marchase como la seda.

Notó cómo el sol le calentaba el rostro mientras dejaba a un lado el ordenador y bebía otro trago. Apoyando las punteras de sus bailarinas de ante negras, puso el balancín en movimiento y se recostó. En los días de primavera no había nada mejor que sentarse allí fuera. Sus amigos siempre se sorprendían al ver el jardín: el trazado era sencillo, con predominio de color en lugar de diseños complejos; el césped, con azaleas en los bordes, estaba bien cuidado. Mediaba un abismo con respecto a las flores exóticas que solía elegir para las bodas, y contrastaba con el estilo de la decoración del interior de la casa. Sin embargo, las flores clásicas y la simetría diáfana la relajaban. Allí, a veinte minutos en coche de la calle principal, el único sonido era el canto de los pájaros.

Comenzó a jugar con el ancho brazaletes de oro que se había puesto esa mañana como complemento a su vestido fucsia. Hoy, incluso aquí, rodeada de naturaleza en todo su

esplendor, Maggie se sentía inquieta. ¿Qué tenían los fines de semana? A veces la presión por relajarse, por ser uno mismo, parecía abrumadora. De todas formas, ¿por qué era tan importante relajarse?

La reunión del viernes la había trastornado y ni después de dos días encontraba la serenidad habitual en su jardín. Estaba acostumbrada a organizar grandes eventos —llevaba años preparando arreglos florales—, pero incluso con su bagaje, la boda de Darlington Hall era otra historia. Cuando cruzó el portón en su Escarabajo descapotable por primera vez, se quedó boquiabierta al contemplar la majestuosa casa. Era aún más impresionante de lo que parecía en las fotos. La casa en sí era georgiana, con columnas en la entrada y establos a un lado en dependencias anexas, y los jardines parecían extenderse kilómetros a la redonda. Sin embargo, había sido la novia, no el lugar, lo que en realidad la había dejado fuera de juego. La idea de boda de Lucy Mackintosh giraba en torno a *Alicia en el País de las Maravillas* —con croquet en el césped y una fiesta del té organizada junto a setas como la del Sombrero—. Por lo visto, el dinero no era un factor determinante: Lucy era hija única de un millonario hecho a sí mismo, y Maggie sabía que el padre tenía tantas ganas de impresionar a sus amistades como la futura novia de jugar sus cartas por los derechos del reportaje en exclusiva.

Mientras Lucy enseñaba a Maggie la finca de su padre, le seguía a la zaga el novio, Jack. Con sus vaqueros holgados y sus deportivas rozadas, desde luego parecía un pez fuera del agua. Pero con sus atractivos y marcados rasgos y su encanto personal —lo cual no se le pasó por alto a Maggie a pesar de llevarle diez años—, era evidente por qué Lucy se había enamorado de él.

—¿Dónde consigues las flores? —le preguntó Jack, dirigiendo fugazmente la mirada a Maggie antes de volver a fijarla en sus deportivas. Parecía tener verdadera curiosidad.

—La verdad es que de todos sitios, Jack —respondió Maggie—. Holanda es un proveedor importante, las rosas las conseguimos en Sudamérica..., pero cada boda es un trabajo personalizado y para esta, al ser la más importante que organizo hasta ahora, probablemente me surta de todo el mundo. ¿Tenías alguna idea en particular?

—Hummm, no, no —balbució—, que se encargue Luce, a ella se le dan bien estas cosas, a mí no... Solo me preguntaba, bueno, cómo se dirige una empresa propia.

Maggie se preguntó si más allá de su timidez y bajo aquel flequillo castaño ladeado que casi le rozaba las pestañas se escondería un emprendedor en ciernes. Cuando se disponía a responder, Lucy la interrumpió.

—Estaba pensando que podríamos organizar la fiesta del té aquí para que cuando los invitados lleguen se les dé la bienvenida con una taza de algún juego *vintage* divino. ¿Entiendes, Maggie? —Al darse la vuelta para mirarla de frente, la esmeralda del collar de Lucy resplandeció bajo el sol—. O sea, donde realmente entras en juego es en que me gustaría recrear esa idea con infinidad de tazas llenas de flores. No me refiero a tazas de cualquier tienda: hablo de tazas de té *vintage* genuinas. Por Dios, la organizadora de bodas con la que empecé no entendió en absoluto mi idea. —Lucy puso los ojos en blanco y miró a Maggie, clavándole una mirada que confirmaba que su punto de vista quedaba más claro que el agua—. Le di puerta. Pero tú entiendes lo que quiero, ¿verdad, Maggie? —Maggie asintió y continuó escuchando a su cliente—. Te encargarías de buscar la vajilla, el mimbre... Bueno, ni que decir tiene que espero lo mejor

de lo mejor... Si Bluebelle du Jour no me deja boquiabierta, tampoco pretenderemos que mis invitados se queden impresionados, ¿no?

Lucy parloteaba sin parar sobre sus planes, al tiempo que se enroscaba entre los dedos un mechón de su impecable pelo teñido a mechas y recorría a paso rápido el jardín, sin parar de señalar y gesticular. Cuando llegaron a la entrada de la casa, a Maggie casi le faltaba el aliento de ir a la carrera para no quedarse rezagada.

—Tienes unas ideas muy originales, Lucy —señaló Maggie, con tacto, mordiéndose la lengua antes de continuar, algo que le habían enseñado sus años de experiencia. No podía evitar compadecerse del joven que estaba a punto de firmar de por vida sin poder meter baza—. Me pondré con ello enseguida, los retos como este son mi especialidad. Solo una cosa... —Vaciló. Dios, reconocer las debilidades iba totalmente en contra de sus principios, especialmente ante alguien tan acostumbrado a salirse con la suya—. Como te he dicho, tu idea es fantástica, pero estamos hablando de planes bastante ambiciosos, ¿no? Me refiero a que ya sabes que cumpliré, en Bluebelle *siempre* cumplimos..., pero cosas como las setas gigantes no son precisamente mi especialidad; ante todo, tengo experiencia en el sector de las flores.

Lucy soltó una risotada y echó hacia atrás la cabeza, sacudiendo su envidiable melena. Maggie esperó a que su cliente se calmara —la risotada no pareció muy agradable— y, cuando lo hizo, Lucy le puso la mano sobre el brazo.

—Oh, no, Maggie, cielo. —Maggie observó la muñeca bronceada y el brazalete de perlas de Lucy contra su pálida piel irlandesa, consciente de una incómoda cercanía física—. Owen, el amigo de Jack, va a ocuparse de todo eso. Es jardinero paisajista, ¿verdad, Jack?

Jack asintió con una sonrisa, moviendo los pies de un lado a otro.

—Sí, Owen también acaba de montar su propia empresa y eso me hizo pensar... Pero sí, Owen es un estupendo...

Su prometida interrumpió para decirle a Maggie en tono confidencial:

—Se licenció hace apenas un año, por lo que además es baratísimo.

—Ahhh —contestó Maggie. No le gustó lo que Lucy daba a entender, pero sintió un auténtico alivio. Había estado planteándose cómo demonios iba a arreglárselas sola—. Qué bien. Oye, ha sido estupendo hablar con vosotros, pero tengo que marcharme. Cuando haya confirmado algunas cosas, ¿os parece si fijamos una reunión? Para que Owen y yo nos pongamos al día mutuamente, y a vosotros, sobre nuestros planes. Lucy, Bluebelle du Jour hará que este día sea perfecto. Confía en mí. Las bodas a medida son lo que mejor se nos da.

Al llegar al coche de Maggie, se estrecharon las manos e intercambiaron simulacros de besos. Cuando Jack le dio a Maggie un fugaz beso en la mejilla, rozándole la piel con su barba de tres días, ella no pudo evitar sonreír. Era un tío tan auténtico... Lucy tendría que poner mucho empeño en adiestrarlo para quitarle esa costumbre.

En su jardín, Maggie se estremeció. Una nube estaba empezando a tapar el sol y, sin nada que cubriese su vestido rosa, sintió un frío repentino. Cogió el teléfono, el *netbook* y el vaso vacío y cruzó las puertaventanas de su casa de dos plantas de los años veinte. Mork, su gato birmano, se deslizó como una exhalación entre sus pies para colocarse delante. También estaba la gata de su hermana Carrie, Mindy, de la misma

camada; Mork lo tenía más fácil, pues Mindy tenía que aguantar lo suyo cuando los críos le tiraban de la cola.

Maggie cerró las puertas con cuidado y encendió el equipo. La relajante música de Billie Holiday comenzó a envolver la habitación. Empezó con notas bajas que fueron subiendo de tono. Parecían expandirse hasta las magníficas orquídeas que llenaban la sala de estar y la cocina contigua. Maggie cogió el pulverizador de plantas y comenzó su rutina diaria, cantando al son de la melodía mientras las humedecía una a una. Frágiles pétalos blancos, rosa pálido, morado intenso: cada flor captaba toda su atención durante unos instantes al tiempo que examinaba su posición, movimiento y tonalidad y buscaba cualquier imperfección o daño.

Maggie se preguntó qué ocurriría si alguna vez se tomara su tiempo para examinar su propio cuerpo con la misma meticulosidad. Se conservaba bastante bien para tener treinta y seis..., pero al salir de la bañera cada noche sus pasos eran apresurados. Se aplicaba crema hidratante corporal dando rápidos toques y rehuía su imagen en el espejo grande. Luego se preguntó cómo se le había ocurrido pensar que ese espejo era una buena idea. Sabía lo que vería si se entretenía demasiado: piel porosa, arañas vasculares y estrías, sus vivencias dibujadas como un mapa en sus muslos, vientre y trasero. Era consciente de lo que le sentaba bien a su figura: los vaqueros ajustados pero favorecedores y el lino, la seda y el algodón en tonos fríos; pero la cruda realidad era otra historia... ¿Acaso no lo era para cualquier mujer?

Sin embargo, todas las orquídeas —jóvenes y maduras, perfectas e imperfectas— le parecían bonitas. Se subió a un pequeño taburete de madera y humedeció su favorita: una flor rosa fuerte colocada en una pajarera dorada que había comprado hacía años en Islington. Maggie era una chica lon-

dinense. Había vivido junto a Camden Passage, la calle empedrada que los fines de semana se convertía en un paraíso de antigüedades. Por aquel entonces estuvo aprendiendo el oficio en la floristería de un amigo en las inmediaciones y cantando con un grupo en bares y clubes la mayoría de las noches. Pero con el tiempo las cosas cambiaron y, aparte de la pajarera, a la casa de Charlesworth no se había traído casi nada de su vida anterior.

La mente de Maggie reparó en la música que sonaba; el iPod conectado al equipo estaba leyendo la be, desde Billie Holiday a Blondie, y algo le decía que las orquídeas no iban a responder tan bien con *Atomic* como con *Summertime*. Entonces eligió una de sus canciones favoritas de Aretha. Al soltar el iPod, la perturbó un recuerdo: hubo un día en el que la mitad de su repertorio musical era muy diferente; hubo un tiempo en el que sus flores escuchaban The Strokes y viejos temas de Led Zeppelin, les gustasen o no. Apartó ese pensamiento; eso fue hace siglos, y cada mes que pasaba se sentía más lejana a la mujer de entonces. Había tirado las fotos; la treintena no era una época que necesitase recordar. Por muy agotador que fuese a veces, Bluebelle du Jour la mantenía ocupada y activa, y en Charlesworth había comenzado a sentirse realmente como en casa. Lo mejor de todo era que controlaba por completo su vida, desde la hora del café del desayuno hasta la manera en la que las flores rodeaban el césped. Cuando mullía los cojines se quedaban tal cual. A Maggie le había costado mucho encontrar el equilibrio que tenía ahora; aunque todo apuntaba a que Lucy Mackintosh iba a ser una cliente dura de pelar, sus exigencias no la trastornarían lo más mínimo.

Se inclinó sobre el *netbook* por última vez, incapaz de resistirse a comprobar si por casualidad el proveedor había tenido ocasión de responder a su mensaje.

Tenía un nuevo correo, pero no el que esperaba. De: *Dylan Leonard*. Maggie se sentó en su sillón de mimbre, para tranquilizarse. Sintió un repentino escalofrío. Por Dios, pensó. A veces no se puede pasar página.